

MINISTERIO DE EDUCACION
Departamento NACIONAL DE CULTURA
SECCION TEATRO
1968

¡PROTESTA!

POP

RODIN

MINISTERIO DE EDUCACION
CONCURSO LITERARIO RICARDO MIRO
TEATRO
1969

"PROTESTA!"

(Drama en Tres Actos)

Pseudónimo: Rodin

DEDICATORIA:

A los educadores que promueven
el cambio de actitudes hacia el as-
censo social.

Rodin

INDICE

Dedicatoria
Prólogo
Personajes

ACTOS

			<u>Pág. No.</u>
Primero:	Internado para Maestras	(14 escenas) 1
Segundo:	Esporas del Mismo Fruto	(10 escenas) 41
Tercero:	Doble Injerto Psíquico	(12 escenas) 91

PERSONAJES

NORA IBAÑEZ, maestra, la idea en evolución;

GILBERTO MARTINEZ, la meta soñada;

LUCILA, hermana de Gilberto, la ideología que se cree final;

GLORIA: hermana de Nora, el principio impreciso de toda gestión, que no se define, si la meta o la idea están aún amorfos;

MARINA Y JOSEFA, tías, las rocas de la esclavitud al pasado;

LA CELADORA, cancerbera de la tradición que reprime la idea bajo una reglamentación;

EL DOCTOR, el sentido de muleta que hay en todo ser o principio;

DON SOSIMO, el materialismo realista y voraz que pretende consumir toda idea, no aparece en escena, sólo se **menciona**;

CAROLA, MELIDA,
FATIMA y ONEINA, los vientos transitorios de fronda y desorientación que, con las otras extras, se confunden en un coro de lamentos.

PRIMER ACTO

INTERNADO PARA MAESTRAS

La sala de recibo de un internado colegial. En el fondo está sentada una señora que hace de Celadora. Cerca del público, una mesa y cuatro sillas a su alrededor, para las visitas. Pasan colegiales vestidas de blanco y azul. Al comenzar el acto, Gilberto Martínez conversa con su hermana, a quien visita.

Escena I

(Gilberto y Lucila. Al fondo, la Celadora.)

Gilberto.- (Sentándose) ¡Lucila!, qué linda estás!
¿Te sienta el estudio, entonces?

Lucila.- ¡Qué va, hermanito!, esto es insufrible.

¡No se hace otra cosa que comer, estudiar y oír bochin-
ches!

Gilberto.- ¿Pero no duermen?

Lucila.- Dormiríamos si no estuviera en nuestro
cuarto la cotorra de Isabel que se pasa todo el día ca-
llada, para soltarse por la noche.

Gilberto.- Será que así se acuesta convencida de que
no hablarán de ella.

(Un silencio lleno de meditación. Un grupo de co-
legiales pasa de un extremo al otro y desaparece.)

Gilberto.- Bueno, Lucila, y ¿qué dice Nora?

Lucila.- Me mira con un temor... En verdad, no sé.
(Hace ademanes de exageración.) Pero, ¿tú la quieres,
Gilberto?

Gilberto.- La verdad es, hermanita, que eso va sien-
do un tormento para mí. En las horas de la tarde cuan-
do, frente al balcón de nuestra casa, el sol se pone
tras en el Ancón, el rubor de los cielos me traen intensas
nostalgias: Me parece verla estudiando y hablándome de

lo que desea ser. Entonces quisiera tenerla en mis brazos, formar con ella un nido, tal como en invierno se reúnen las chorotecas para cantar a las aguas de abril. (Se levanta y dirige al público). Pero, ¿quién no ha sentido el calor de una mujer que se estruja a uno como una fruta de paraíso prohibido, sin perder la voz, los sentidos, la razón? Obsesión y locura que brinda un cuerpo sin malicia, sin pensar, ¡sólo por ser grata! (Se vuelve a su hermana.) Nunca llegues a amar así, hermanita, porque te volverás loca de pensar en lo que harás para lograr lo que amas.

Lucila.- El día que ame, Gilberto, quiero a un hombre que se pierda por mí, así como tú enloqueces por Nora. Le daré toda mi sangre y si no me comprende, lo perseguiré hasta vencerle. Para amar hay que ser valiente.

Gilberto.- (Después de mirarla sorprendido.) Comprendo que somos obstinados, Lucila, pero cuídate mucho de hacerlo que, en esta vida del amor, muchos son los que fracasan y pocos los que vencen las asechanzas de las arteras experiencias de la vida...

Lucila.- Pero llámala! Díle a la Celadora.

Gilberto.- Oh, no. ¿Con qué pretexto?

Lucila.- Un recado de la familia. Espera, voy a pedirla. (Se dirige a la Celadora.) Mi hermano trae un recado para la señorita Nora Ibáñez. ¿Se le podría llamar?

La Celadora.- Con mucho gusto, señorita Martínez.

Lucila.- (De regreso) ¿Viste? Por eso vale ser la primera y más seria alumna de la escuela.

Escena II

(Dichos y Nora que llega.)

Nora.- Díga, señora.

La Celadora.- El joven aquel tiene un recado para usted.

Nora.- (Turbada.) Muchas gracias, señora.

Lucila.- (Que corre hacia ella como una colegiala.)

Nora, una comunicación de tu hermanita!

Nora.- ¿De mi hermanita? ¿Dónde está? ¿Dónde está!? (Contenta y candorosa.) ¿Usted la tiene, señor Gilberto?

Gilberto.- Dígame, Gilberto, a secas, Nora. ¿Por qué ha de distanciarme así cuando nos liga algo más que la amistad?

Nora.- Me cuesta mucho trabajo porque en casa mis tías le dicen señor. ¿Tiene la carta?

Gilberto.- Oh!, no. No era una carta. La ví ayer y conversé con ella. Estaba gordita, rosadita y simpática y creí que le agradaría saberlo.

Lucila.- Hermanito, voy a buscarle algo a mi mamá en mi cuarto. Nora, atiéndelo un rato, ¿sí?

Nora.- (Nerviosa.) Pero...

Gilberto.- Regresa pronto, Lucila.

Escena III

(Nora y Gilberto)

Nora.- ¿Y mis tías?

Gilberto.- Cada vez más simpáticas!

Nora.- Ellas dicen que usted es muy inteligente.

Gilberto.- Cortesías, Nora, lo comprendo. Lo único que tengo de bueno es la manía de ser sincero. Les he dicho ya que te amo.

Nora.- ¿Usted se atrevió a eso? Pero sí yo...

Gilberto.- ¿Recuerda aquella tarde? Fue un instante. ¿Lo recuerda? Mis labios besaron los suyos con ternura y dijeron algo raro: "Por qué han de ser suyos?" Entonces me estreché y bailamos más unidos aquella pieza...

Nora.- Comprendo que hice mal en alentar en usted anhelos extraños.

Gilberto.- No es así, Nora, muy pocas veces en la vida se nos da la oportunidad de vivir lo que amamos con toda la satisfacción deseable.

Nora.- Pero nosotras hacemos muchas cosas sin saber por qué... La vida nos depara tantas cosas... Es un problema ser mujer.

Gilberto.- Ya lo comprendo, pero muchas veces dejan ir el amor cuando está cerca.

Nora.- Pero...

Gilberto.- Nora, usted recuerda la noche aquella? Le juro que no supe lo que hice. Necesitaba tenerla cerca, necesitaba amarla más. Por eso la besé sin darme cuenta. Le juro que en todos los momentos evoco su enojo honrado. Yo beberé en mis horas de nostalgias en la fuente de ese recuerdo. Puede ser que usted no me comprenda, pero he sufrido tanto al amarle que me parece que me desprecia, que...

Nora.- Por Dios, Gilberto, eso es imposible!

Gilberto.- Cuando las tardes llegan tristes y a lo lejos las nubes dibujan formas extrañas, ¿no ha sentido cerca de su pecho alguna vez como un temblor por lo que vendrá? Cuando eso sucede creo que voy a enloquecer, que no podré vivir sin usted. ¡Qué duro es pensar que eso pueda llegar a suceder! Necesito una decisión, Nora.

Nora.- No puedo tomar ninguna decisión, Gilberto.

Gilberto.- Y ¿cómo viviría sin ella? ¿Cómo!? ¿A dónde irían mis pasos, a dónde me llevarían mis recuerdos? Es cruel amar en la indecisión. ¿Ha visto a alguien en agonía? Ha visto el ánimo de sus familiares?

¿Se salva o no se salva...? ¿Me quiere o no me quiere?
Y esto es cada instante, en cualquier parte, donde se
viva.

Nora.- Escúcheme, Gilberto, oiga esto bien: Aunque yo quisiera amar, ~~sinque~~ ~~no~~ ~~podría~~ decidir mis actos, no puedo hacerlo. Hay seres, como yo, (ademanos de desaliento) que hemos nacido para cobardes...

Gilberto.- No lo comprendo, Nora. Usted, tan buena, tan espiritual, tan agraciada y cariñosa. Para los seres así, la vida debe ser una senda de flores y una sonata de alegrías. ¿Por qué no ser feliz cuando se tiene todo a la mano?

Nora.- No todo, Gilberto.

Gilberto.- Nora, si ese ha de ser su destino, yo lo afrontaré a su lado. Pero sé que mi destino es el de triunfar y puede participar de él. Lucharé. Usted lo sabe, adquiriré méritos y canongías que, en la imperfección de nuestra vida social, eso es cuanto ganamos al adquirir prestigio. ¡Seré uno de nuestros hombres públicos reclamados! Y qué bello será entonces que vaya a mi lado: La señora de don Gilberto Martínez.

Oh!, Nora, qué hermoso será pasear nuestros hijos entre la admiración de los vecinos! Perdona que le hable en esta forma, Nora, pero sinceramente creo que hay en nosotros algo que nos acerca, algo que nos liga... Afinidad, sexo, lo que sea.

Nora.- Es que somos como dos hermanos, Gilberto.

Gilberto.- Quizá, Nora, pero en mí los sentimientos van más allá de lo fraternal. La amo. Es una declaración formal, Nora. ¿Por qué no me da su respuesta?

Nora.- Es usted tan bondadoso, Gilberto, que mi respuesta no sería desfavorable; pero, ¿quién adivina entre el aprecio y mis sentimientos? Comprenda mi problema, Gilberto, dígame: Soy huérfana. ¡Huérfana!, hasta donde mis sentimientos pueden comprenderlo. Hay un hondo vacío en mi vida, una incógnita que lo llena todo. ¿Por qué ha de ser así?, lo comprenderé algún día, pero, mientras, mis tías llenan ese vacío con un compromiso: Debo sostenerlas para pagar cuanto han hecho por mí. Debo educar a mi hermanita. Es una obligación, Gilberto. Más aún, un deber. No tengo por qué aceptar otro destino, cuando estoy ya atado a uno.

Gilberto.- Nora, el amor no reconoce obstáculos. Dígame, ¿si sé esperar, si sé acendrar en mis ideales, si soporto tanto sufrir, me da una esperanza? Tan sólo una esperanza deseo: La amo tanto... Mi vida es una veleta que se orienta sólo hacia donde está usted. Soy como una brújula, marche a donde marche mi vida, usted es mi polo magnético. La quiero, la quiero para mí, para hacerla mi esposa. Eso me conforma: Saber que puedo esperar, que ha de llegar. Sé que soy egoísta, pero ¿qué podría hacer en este caso? ¿Qué haría? ¿Qué recomendación le haría a una persona así?

Nora.- Cada cabeza es un mundo.

Gilberto.- Lo comprendo así, pero si tuviera que aconsejar a una amiga que fuera amada así, ¿qué le diría?

Nora.- Tendría en cuenta sus problemas también. Comprenda esto, Gilberto, no vivimos solos en el mundo, ni somos los únicos que pensamos. Otros también viven, piensan, aman y sufren.

Gilberto.- Lo tendré en cuenta como una respuesta favorable.

Nora.- (Nerviosa.) Gilberto!

Gilberto.- ¿Puedo confiar en que entre los que amamos y sufrimos, estamos los dos?

Nora.- ¡Gilberto!

Gilberto.- Le amo tanto que no le voy a negar sus razones, pero permítame algún día compartirlas con usted.
(Le toma la mano.)

Nora.- (Anhelosa.) Yo no debo amar.

Gilberto.- Pero yo le amo y estoy dispuesto para todo.
¿Me da alguna esperanza?

Nora.- Puede ser que algún día... Cuesta mucho
(Transición)
trabajo decirlo!... ¡Y Lucila no viene! ¿Dónde fué su hermanita?

Gilberto.- Nora... ¿Entonces?

Nora.- Pero cállelo por el amor de Dios! Sabía que no lo podría evitar. Aquí comienza el tormento!
(Dirigiéndose al público.) Dios mío, sé que no se deben transitar dos sendas con los mismos pasos al mismo tiempo, pero ¿a dónde he de llevar mis anhelos de adentro? ¿He de llorar cada día por un amor que freno dentro de mí? (Se volverá a Gilberto susurrando.) Debemos ser prudentes, Gilberto.

Gilberto.- Alabado sea Dios!

Escena IV

(Los mismos y la Celadora, que abandona su puesto para acercarse.)

La Celadora.- Señorita Ibáñez, recuerde que los reglamentos prohíben dar la mano a los extraños al plantel.

Nora.- Sí, señora Marcela, perdone.

La Celadora.- Además, está prohibido cuchichear con los varones. La Dirección no quiere coloquios largos.

Nora.- Sí, señora Marcela.

La Celadora.- Además...

Gilberto.- Señora, perdone que haya violado "sus" reglamentos, pero los desconocía. No hay nada en nosotros que pueda perjudicar al plantel. Somos como dos hermanos. Desde chicos jugábamos en nuestras casas, pues éramos vecinos. Conocí a la mamá de Nora, ¡qué buena señora!, nos daba dulces y nos narraba cuentos de hadas. Hemos creci-

do así, como para ser hermanos.

La Celadora.- ¿De verdad? Estas amistades son las que entusiasman. (Suspirando y volviéndose al público.) Yo jamás tuve un amigo así.

Nora.- El dice la verdad, señora Marcela, su mamá ha sido muy buena conmigo todo el tiempo y es como mi verdadera madre ahora.

La Celadora.- (Sentándose entre ellos.) Eso es bello... Les voy a contar, jovencitos, algo que les sorprenderá... pero no se lo vayan a decir a nadie. ¿Me lo prometen?

Nora y Gilberto.- (Al mismo tiempo.) Sí.

La Celadora.- Yo no soy señora como todo el mundo cree, yo soy señorita. Pero una nunca debe decir que llega a vieja "solterona". Hay que evitar, por ejemplo, que las muchachas cuchicheen detrás de uno: "Allí va la Solterona".

Nora.- ¡Qué gracioso! Mis tías son solteronas y están orgullosas de serlo.

La Celadora.- No se lo dirán a nadie. ¿Me prometen no contarlo más adelante?

Nora.- Se lo prometo, señora Marcela.

Gilberto.- Yo sólo prometo una vez, señorita.

La Celadora.- Qué amable! Bueno, (Tomando aire de persona enérgica.) no olviden las reglas.

Nora.- Sí, señora Marcela.

(Se retira La Celadora)

Escena V

(Nora y Gilberto nuevamente solos)

Gilberto.- Comprendes eso, Nora?

Nora.- Debe ser muy triste, ¿verdad?

Gilberto.- Pregúntaselo a tus tías.

Nora.- Se alaban por serlo, pero quizá... (Se queda pensando) ¡Quizá no debiera haberlo pensado!

Escena VI

(Lucila, que regresa, Nora y Gilberto)

Lucila.- (Entra.) Llévale esto a mi mamá, Gilberto.

(Le guiña el ojo. ~~Le~~ Le entrega un sobre.) Y ¿qué tal?

Nora.- Me ha contado un chiste de mi hermanita.

Lucila.- ¿Sí?, ¿lo puedo conocer?

Gilberto.- Ya te lo contaremos. (Volviéndose a Nora.) Para amar hay que mentir a los demás y para mentir amando hay que pensar mucho y razonar más.

Nora.- Estoy inquieta. (Alzando la voz.) Bueno, yo tengo que hacer un cuadro demostrativo. Muchas gracias, Gilberto. Tú tendrás buena suerte. Hasta luego.

Gilberto.- No, Nora. Me retiro primero, no puedo perder el vehículo para regresar a la capital. No olvides este día, Nora.

Nora.- No lo olvidaré nunca.

Lucila.- Entonces...

Nora.- Oh!, es otra cosa.

Gilberto.- Bueno, que estudien mucho, es lo único verdaderamente grande que nos permite la sociedad. Estoy trabajando ahora en mi Informe sobre ^{la} Prostitución y Trata ✓

de Blancas. Adiós.

(Se retira, sin dar tiempo a que le despidan, con plena preocupación.)

Escena VII

(Lucila y Nora)

Lucila.- Nora, ¿qué piensas de él?

Nora.- Es un gran idealista. No sé qué tiene, pero me gusta oírle preocuparse por el dolor ajeno, aunque...

Lucila.- Eso piensan todos en casa; pero no es tan idealista como parece. Demuestra conocer a los seres humanos en todas sus reacciones.

Nora.- Un día me dijo: "Mis enemigos los quiero más grandes y poderosos que yo, pero jamás más débiles. Los grandes son blancos más seguros que la gente humilde a las cuales hacemos un mal, olvidamos sin saber que el pobre sufre más y jamás olvida y por eso debemos cuidarnos más de él." Sé que era un subterfugio para decirme, ante los presentes, que un ojo era el del bur-

gués explotador y millones los de los hombres que desean justicia social. Eso he comprendido después, al conversar con él. ✓

Lucila.- Sus doctrinas no son realmente políticas y si bien parecen sociales, tienen más que todo un fondo moral naturalista. Cree en el bien porque es un principio de la naturaleza misma de las cosas.

Nora.- Hablas como una entendida.

Lucila.- El es quien orienta mi modo de ver la vida. Su lectura favorita es la vida y filosofía de Confucio y de éste dice que fué humilde y vencido, fundando sin embargo el sentido político-religioso social, se perpetuó en las costumbres de un pueblo de cuatrocientos millones de hombres. (Cambia el tono de la voz.) Pero, Nora, después de todo, ¿qué han decidido?

Nora.- Nada...

Lucila.- Comprendo: A pesar de su sentido práctico de la vida, parece más bien un soñador, un idealista anticuado. Pobre hermanito mío! (Dirigiéndose al público.) Las mujeres jamás amamos las cosas que tienen espíritu y que forman el alma de la vida misma. Pero,

¿qué haríamos sin ellos? ¿qué haríamos?, dime, (Volviéndose a Nora.) ¿qué haríamos sin los hombres nobles?, ¿con anhelos de sacrificio y perfección?

Nora.- Lucila, no le he criticado nunca que sea así. Hasta me agrada...

Lucila.- (Interrumpiéndola.) Pero no le amas. Esa es la verdad. También soy mujer y ^{nos} ~~los~~ conocemos. No podemos amar a alguien que no pueda ser de nosotros únicamente, a alguien que también ama a la humanidad, a la naturaleza, a los que sufren. ✓

Nora.- Lucila, lo que me dices es injusto.

Lucila.- ¿Injusto? ¿Injusta yo!?

Nora.- No puedes criticarme así porque si tú supieras la verdad...

Lucila.- La verdad es que es de humanos errar, lo comprendo.

(Se retira despechada inmediatamente.)

Escena VIII

(Nora sola)

Nora.- ¿Por qué no le revelé que le quería? ¿Por qué, Señor? ¿Es que no me atrevo a afrontar todavía mi situación? Oh! no. Yo no le dije que sí, le dí una esperanza. ¡Ya ⁿⁱ recuerdo cómo fué! Pero, ¡Dios mío!, ¿se puede burlar acaso lo que uno siente por dentro? ¿Será tan sólo una ilusión? Lo quiero. He visto a muchas amigas llenarse de ilusiones: Son como mariposas que se ciegan ante la luz y sólo saben volar hacia ella. Nosotras las mujeres somos como esos insectos que buscan la luz. Apenas una ilusión muere, nos sentimos solas, cobardes, intranquilas, y corremos hacia otra donde resguardarnos. ¡Oh!, ¡sí mi madre estuviera viva! ¿Quién me dirá si ese práctico espiritual que existe en Gilberto no sea otro de tantos? ¿Quién me probará que habrá de triunfar siempre y hacerme feliz? (Se calma un rato.) Señor, blasfemo, lo sé. ¿Quién puede tirar la primera piedra y juzgar a su prójimo? Pero le amo y tengo miedo. (Se dirige al público.) ¿Todas las mujeres que han amado han tenido este miedo? ¿Todas han dicho "Sí" y luego temieron por el paso que dieron? ¡Decídmelo, mujeres

que pasásteis antes que yo! ¡Decídmelo! Pero estoy sola, ingrúma... Para qué clamo el consejo de otras mujeres, ¿si son como las mariposas que buscan la luz...? Dime, madre mía, que estás en los cielos, que fuiste santa y buena, ¿también tú tuviste este miedo? (Un momento de espera anhelante.)

Escena IX

(Entran Mérida, Carola, Oneína,
Pátima y otras amigas.)

Una Colegiala.- Ah! la monjita está hablando sola...

Otra.- Se ha vuelto loca.

Mérida.- ¿Y tú? ¿No te pones a llorar todas las noches que ni nos dejas dormir?

Carola.- Sí es verdad.

Mérida.- De todas maneras, ya Nora está enamorada.

Oneína.- ¡De Gilberto Martínez!

Nora.- ¡Mentira! No molesten, ¿oyeron?, que se lo voy a decir a la Celadora.

Fátima.- Es mejor que no lo niegues. Después de todo, tienes suerte porque es serio y tiene mucho roce.

Oneina.- Además, es mejor que andar buscando a "bellos".

Fátima.- Si es pulla que pase, allá Carola que tiene a un ~~hombre~~ *Olya Kuhlakin*.

Carola.- Y tú, qué hablas? Tú tuviste enamorada ~~del cantante Rafael~~...

Fátima.- Pero mi novio no es un artista de cine y sin embargo se lo han peleado muchas de ustedes.

Mélida.- Quién!? Yo.? ¿Para estar enamorada con él como lo estás tú? No, mijita, qué va! Prefiero no tenerlo. Por Dios, mejor me quedo, a estar como tú, que no te atreves a salir con él para que no te critiquen tu gusto.

Fátima.- ¡Mentira!, que es por mi familia que no salgo con él. Mi familia no lo quiere, y ¿qué voy a hacer?

Oneina.- Seguirlo despreciando y, por dentro, estar-

te muriendo por él. A escondidas verse...

Fátima.- ¡Eso es mentira! ¡Ya no lo quiero! ¡Mentira! ¡Chismosas! ¡Chismosas! ¡Envidiosas! ¡Celosas! ¡Que no lo quiero he dicho!

(Sale llorando mientras le sigue ^{un} grupo)

Escena X

(Nora, Mélida, Carola y Oneina que se quedan.)

Oneina.- Así son las mujeres, por un ligero amor propio pelean con el hombre que las quiere y ya está, no saben perseverar. Ahí está pues, ¡con lo mucho que la quiere Lolo y lo trabajador que es! ¡Siempre mujeres! ¡Mujeres al fin!

Carola.- Todas somos iguales, Oneina! No te excluyas y cállate que cada cuál sabe lo que hace.

Oneina.- Está bien, está bien, no me voy a poner a discutir con todo el mundo la opinión de cada cuál.

Mélida.- Por allí vi a Lucila cascarrabiando, ¿qué pa-

só, Nora?

Nora.- (Turbada.) Nada... Bueno, quiero decir que no hay motivo, apenas tuvimos una discusión sobre Gilberto, pero no era nada.

Oneina.- ¿Qué dijo?

Nora.- (Mintiendo nerviosamente.) Dijo que su hermano preparaba un trabajo sobre la prostitución en América y yo no hallé correcto algunas cosas que decía de la moral de muchas jóvenes de ahora. ¿Saben?, esos temas me desagradan y un amigo mío no debe...

Mélida.- ¿Amigo? ¡Nada más que amigo?

Nora.- Te lo juro, Mélida. Amigo y no mucho porque critica mucho la falta de solidez en nosotras y nos cree a todas casquivanas, fáciles...

Carola.- Lo que es... es ¡un metejón! Y tú, ¡una anticuada!

Nora.- ¿Anticuada yo?

Mélida.- O falta de novio. Lo mismo es. Te vas a quedar solterona como te la des de "empalaa".

Nora.- Mérida!, por favor, que no es para tanto,
(Volviéndose al público.) ¡Me disgusta esa palabra!
¡Mis tías no han pensado en casarse nunca y la palabra
es muy ofensiva!

Mérida.- (Comprendiendo.) Perdóname, Nora.

Oneina.- (Interesada.) Nora, nosotras somos tus
amigas íntimas, dínos la verdad.

Carola.- Sí, sí, Nora, nosotras tenemos más experien-
cia, te podemos ayudar. Dínos la verdad.

Oneina.- Dínos la verdad como amiga, Nora, pero
piensa sólo con tu cabeza, no todos vamos hacia el mis-
mo fin, ni seguimos la misma vida.

Mérida.- El que oye consejo muere de viejo. Perro
viejo sabe rumiar hueso más duro.

Carola.- Relamida! y yo no quiero llegar a vieja.
Me basta con mis experiencias del mundo. Por eso me
internaron. Conozco a los hombres como a mis propios
pensamientos. Los sé gobernar como a perros falderos:
Tú lo viste, Nora. Gilberto no gustaba de mí y, sin
embargo, me enseñó Álgebra...

Mélida.- Sí, pero fué por insistencia de Nora.

Carola.- ¡Qué sabes tú!, Mélida, me le metí de todas maneras.

Nora.- Carola, tú, ¿qué has tenido tantos novios...?

Carola.- No, Nora, no vengas con tiradera...

Nora.- Digo lo que tú dices... Bueno... ¿Yo quisiera saber si tú alguna vez has encontrado un novio así como Gilberto...?

Oneina.- Eso no te ayudará en nada, Nora, sólo tu corazón puede orientarte.

Carola.- ¡Cállate tú!, ¿qué sabes tú de estas cosas!? (Dirigiéndose a Nora.) ¡Claro que sí! Tuve de novio a un poeta! Se vuelven sueños, y total: nada. ¡Siempre andan con los bolsillos vacíos! Sueñan con ser profesores porque no saben hacer otra cosa. ¡Es tan fácil ser profesor de literatura!... Se pone uno con un libro de poesías a leerlas. Si no, se ordena la lectura del Quijote, se manda a hacer composiciones a los muchachos, leer la Historia de la Literatura de FitzMaurice-Kelly y las novelas americanas de Gallegos, Guiraldes y la Vorágine de... de...

Mélida.- Eustacio Rivera!

Carola.- Sí... ¡Tal como lo oyes!

Oneina.- Pues, tengo entendido que no desea ser profesor. Más bien quiere ser un sociólogo clínico.

Mélida.- Y ¿qué es eso?

Oneina.- Bueno, yo no sé...

Nora.- Pudiera ser una rama de la abogacía se puede decir. Yo tampoco sé bien cómo es, pero toma en cuenta la situación económica de la persona, las enfermedades, trata de la moral y sobre todo de la profilaxis social.

Carola.- Ah!, ya caigo! Otro que quiere venir a emporrar a todo el mundo con sus investigaciones sobre la mortalidad infantil, los abortos provocados y la maternidad anormal...

Oneina.- Sí, algo así es... Mi hermano y él discuten mucho sobre ese punto y sobre la prevención de la natalidad.

Carola.- ¿Quién te dijo eso? ¿Cómo lo sabes?

Oneina.- Así es. Mi hermano lo asegura. Lo aprecia mucho y lo defiende en todas partes. Dice que es una promesa para nuestro país y que conoce detalles de nuestra vida nacional que muy pocos se imaginan.

Mélida.- Bah!, tu hermano es otro soñador que piensa escribir un libro y ganar mucha plata con él. Para escribir un libro que dé plata, óyelo bien!, tiene que ser muy bueno.

Oneina.- (Enojada) Y tú ¿qué sabes de eso? Ustedes no son más que unos negros que se las dan de sabios porque tienen vergüenza de ser negros, como si eso fuera un pecado.

Mélida.- (Atacándola con las uñas.) ¡Quién es negro!? ¡Pedazo de pecosa!, ¿Quién es negro!!!?

Oneina.- (Retirándose huyendo.) ¡Ustedes! Una partida de negros!

(Nora y Carola detienen a Mélida.)

Escena XI

(Las mismas sin Oneina.)

Carola.- No seas bruta, Mélida, nunca hagas caso

cuando te negreen, ¿no ves que lo eres y se dan cuenta de que te ofende? Uno nunca debe dar el lado flaco...

Mélida.- ¡Ningún lado flaco!, sino que insultó a mi familia. ¿No ves cómo insultó a mi familia?

Carola.- Pero si el ser negro no tiene nada de particular... Soy chola guajira y eso no me ofrende...

Mélida.- Es que nos dijo "sábelo todo"!

Nora.- Mélida, se consecuente, tú le negaste méritos a su hermano. A nadie le agrada ver demeritado un familiar. "A lo tuyo tú, con razón o sin ella", dice el refrán. Nuestra familia es primero que todo. ✓

Carola.- Nora, ahora que ella no está aquí, cuéntenos qué pasó. Nosotros lo vimos salir. Parecía contento.

Mélida.- Sí, cuéntenos. No seas tonta, habla. ¿No hemos sido siempre amigas íntimas?

Carola.- Sí es verdad, siempre hemos sido sinceras las unas con las otras y no veo por qué te tienes que callar lo de él ahora. ¿Es que le quieres?

Nora.- Les diré: El vino aquí dispuesto y se me

declaró. Figúrense, hizo un viaje especial pues ahora está trabajando. Se me declaró y me negué, pero no pude evitarlo y le dije que él tenía mis simpatías. Entonces, me habló como nunca lo había hecho y no pude decirle que no.

Carola.- Cuéntalo exactamente.

Mélida.- Nadie puede contar exactamente. Dinos más o menos...

Nora.- No recuerdo. Dijo muchas cosas. Yo le expliqué lo de mi familia...

Mélida.- ¿Te atreviste a decirle que tu tía no gustaba de él?

Nora.- No. Le dije que estaba obligada con mi familia, pero él no lo consideró un obstáculo. Me estrechó la mano y lo sentí nervioso. Habló de sufrimientos entonces y adiviné que sentíamos lo mismo.

Carola.- ¡Qué tonta, Norita! Te dejaste engatuzar. Si es lo mismo que hacen todos: Saben que queremos amar a alguien y que sufrimos por la falta del cariño de un hombre. Se ponen tiernos y llorones, nos vencen y luego

nos dejan por otra.

Mélida.- Entonces, ¿por qué Lucila está enojada contigo?

Carola.- Conmigo? Conmigo no...

Mélida.- No, con Nora.

(Nora baja la cabeza, Carola mira extrañada a Mélida y ésta le quita un ojo.)

Nora.- ¡Dijiste que conmigo?

Mélida.- Así dijo.

Nora.- No sé, él le ocultó la verdad y también yo por confiar en él todo. ¿Acaso cuando se quiere ser feliz no hay que dejar que el hombre decida? ¿No es él quien afronta los problemas más graves y sabe qué es lo que tiene que hacer? De él son las experiencias y decisiones del matrimonio. De nosotros el lograr que las realice. Eso opinan en casa.

Carola.- Nora, ¡tonta!, ¿por qué crees que se lo ocultó a la hermana?

Nora.- No sé.

Mélida.- ¡Seguramente su familia no te quiere!

Nora.- Todo lo contrario. Su hermana se enojó precisamente porque yo le hice ver que no le podía querer. Su mamá me aprecia mucho...

Carola.- ¡Va ser!... Ella está aquí con nosotros y ellos están allá haciendo de las suyas un saco. A última hora, allá saben ya que tus tías no simpatizan con él.

Nora.- ¿Cómo podrían saberlo?

Mélida.- Nuestro país es muy chiquito.

Nora.- Pero...

Carola.- Piensa en esto, Nora, cuando una mujer quiere de verdad a un hombre ni lo niega, ni lo oculta porque el amor es valiente y cuando se ama, no hay nada que nos haga desistir.

Nora.- Pero...

Carola.- En realidad, ni él te quiere, ni tú le prometiste nada: Te obligó a que le aceptaras por medio de sus mañas. Eso es todo. Tú no lo quieres.

Nora.- A veces yo creo eso... Pero no es así.

Lo quiero.

Carola.- Esa es una ilusión tuya, Nora. Te hará mucho daño engañarte, tomándole fé al juego de él, sin quererlo. El día que quieras de verdad... ¡Pobre, Nora!

Nora.- Pobre, ¡por qué?

Carola.- No sabes en lo que te estás metiendo... ¿Tú crees que él va a dejar a Sonia? ¿Que la tiene cerquita en la capital y la que dice que ella nunca peleará con él... ¿Cuál será su predicamento entonces?

Nora.- ¿Sonia.!? ¡Sonia! ¿Eso es verdad? ¿Todavía están...?

Mélida.- Sí. Todavía.

Nora.- ¡No puede ser! El es incapaz...

Carola.- Como todos los hombres, capaz de todo... ¿Qué ganarías con hacer sufrir a Sonia? Nada. No es celosa y tú sí. Además, lo que tú hagas a alguien, eso harán contigo. "Con la vara que midieres serás medido y con una cuarta más", dijo el Señor, como diciendo: Quítale el novio a Sonia y otra te lo quitará a tí.

Nora.- Será lo que te pasa a tí...

Carola.- Como tú quieras, pero es cierto!

Mélida.- ¿Por qué no le escribes, Nora? Ponlo en su lugar. No aceptes la responsabilidad esa. Tú eres bonita, inteligente, estudiosa, diferente a nosotras. Además, tienes tus tías y tu hermanita. Después puedes conseguir algo mejor que acepte hasta tu familia...

Carola.- ¡Magnífica idea!

Nora.- ¿Una carta? ¿Yo? Para escribirle, ¿qué!?

Mélida.- Eso, que no le será fácil engañarte. Yo te la dicto.

Nora.- Pero si en ese caso la puedo escribir yo.

Carola.- No, en esos casos siempre se busca a otra para que la dicte de manera de no flaquear y hacerla enérgica y decisiva. Aquí hay papel y sobre.

(Nora se sienta, toma papel y pluma y escribe.)

Mélida.- Escribe: "Señor: A pesar de lo que usted me ha dicho, es imposible tenerlo en cuenta. Veo que miente sin pestañear siquiera. Abusa de mi situación fami-

liar mientras...

Carola.- Eso no. Que se da cuenta. Espera. Te voy a dictar esa parte: "mientras usted se muestra indiferente a la realidad ofendiendo mis sentimientos y mis familiares. Lo he visto bien. Yo no le quiero ya, ni puedo tenerle aprecio. Además, desde hace varios días he recibido cartas tuyas incoherentes que yo me he librado de analizar, porque le diré que no quiero recibir cartas, periódicos, ni revistas, que vengan de su parte."

Mélida.- Ya puedes terminar así: "Le estoy muy agradecida por todas sus atenciones y rechazo terminantemente su amistad." Ahora ponle tus iniciales nada más.

Carola.- Así es como se castigan a los vivos.

Mélida.- Trae, Nora, yo la pongo en el buzón.

(Nora les entrega la carta sin saber, automáticamente, fuera de sí. Carola y Mélida hacen mutis.)

Escena XII

(Entra Oneina y encuentra a Nora preocupada caminando de un lado a otro.)

Oneina.- ¿Qué te dijeron esas, Nora?

Nora.- Me han abierto los ojos, Oneina! Me arden las orejas de rabia y de rencor. Odio hoy a Gilberto como jamás he odiado. ¡No sé que siento incontenible dentro de mí.

Oneina.- ¡Nora! ¡Por Dios, Nora! ¿Le creíste a esas chismosas!?

Nora.- Chismosas, nada de eso. Claro que tenía que creerles. Tienen la razón. Por más que yo lo quiera, eso es imposible.

Oneina.- Nora, tú sabes que Carola y Mélida querían vengarse de él porque no se simpatizan. Te has dejado engañar. Has dejado que ellas lo venzan donde más hondas esperanzas de felicidad tiene. Te han engañado. ¡Malvadas! Pero, no ves que cuando se ama ¿se debe pensar solo y no dejar que otros influyan en uno? Ni los familiares porque ellos no pueden sentir por nosotros, ni como nosotros sentimos.

Nora.- Te equivocas, Oneina. Jamás prosperará ni la dicha y el amor sin la ventura de hogares acordes. Por eso cuando Mélida me sugirió una carta dejé que las dos la dictaran. Comprendo que lo quiero, pero también

lo odio. Ya no hay remedio. Si me han engañado, tampoco hay remedio porque no sabía lo que hacía, me atordaron, la escribí y Mélida se la llevó para echarla al buzón. ¡Oneina!, he sido una tonta, les he creído lo de Sonia!

Oneina.- ¿Lo de Sonia!? Pero si Sonia está comprometida con un Valdés... Pídele la carta a Mélida. Todavía hay tiempo de remediarlo. Ellas odian a Lucila y Gilberto las puso un día en su lugar por meterse con ella. Por eso odian a los Martínez. No seas tonta, Nora, después te verás obligada a mantenerte en tu decisión. Eso es horroroso, Nora, porque uno quiere y debe decir y fingir que no. Deja de ser cobarde, Nora! ¡Enfrentate a quienes quieren verte sufrir.

Nora.- Calla, Oneina, por favor!

(Se esconde el rostro entre las manos, mientras Oneina la contempla tristemente.)

Escena XIII

(Nora, Mélida y Carola que vuelven a escena.)

Mélida.- ¡Qué feliz me siento!, Nora.

(Carola, Mélida y Oneina con la cabeza baja caminan hacia candilejas. Aparece Fátima y se les une. Se asoman como buscando entre el público. En este momento giran y con habilidad escénica, sus uniformes se transforman en capuchas moradas que dan la impresión de fantasmas de los prejuicios.)

Coro.- Somos arpías resucitadas. Como todos los que nos miran. Nos justifiquen o nos critiquen, sembramos maldad para cosechar tragedia, estancamiento, miseria y retraso. (Guardan silencio.)

Coro.- (Caminando en fila, unas tras otras, con las manos unidas como si rezaran y con voces de recitativo.) Hemos tocado el suelo fértil y lo hemos hecho duro. Hemos visto el futuro y lo hemos torcido. Existía luz y trajimos tinieblas. Porque las fuerzas de la reacción jamás dejaremos que el bien llegue a la cúspide.

(Se hacen tinieblas. Ruidos de truenos distantes. Al encenderse la luz ténue, el coro ha hecho mutis. Se oye tras de bastidores: "Hora de dormir! Hora de dormir!" Nora, está embebida y sola en la silla.)

Escena XIV

(La Celadora y Nora)

Celadora.- Más o menos he podido darme cuenta de todo,

nña. Hace muchos años no pasó cosa idéntica, por eso le puedo aconsejar que no oiga jamás la voz de las amigas. Internado es cosa mala: Hay envidias, celos de amistad, pasiones ocultas, odios y rencores. Como me dijo el hombre que amé en aquel entonces, "las amigas son como faciles subtilis: inofensivos, pero cuando se aglomeran, obstruyen, son obstáculos, hacen daño." Le costará trabajo arrepentirse, tomará en serio su decisión por un prurito de mujer firme en lo que dice, y sufrirá, como yo, mucho. Al fin, si no quiere ser solterona y quiere engañarse, terminará como todas ellas, de mano en mano, buscando un asidero y viviendo tan solo de ilusiones. Pero si sabe ser valiente para rectificar su error, hija mía, ese es su único camino. He leído en sus ojos que le quiere, y cuando se ama como usted ama, late el corazón con dificultad, tal como ahora.

(Nora se acerca al público anhelosa mientras la Celadora le mira conmovida.)

La Celadora.- Vuelva a él, hija mía, diga la verdad aunque eso sea terrible. ¿Qué piensa hacer?

(Nora se lanza en sus brazos llorando. Luego separándose de ella y vuelta al público.)

Nora.- (Casi gritando). No sé qué pensar, Dios
mío, soy tan tonta!... No me pidan que sea fuerte,
cuando siempre fui débil y humilde. No puede ser va-
liente quien nació para cobarde!

Fin del Primer Acto

SEGUNDO ACTO

ESPORAS DEL MISMO FRUTO....

Se descorre el telón mayor y entre penumbras, aparece el coro, enlazadas por una cadena fluorescente. Visten capuchas moradas. Fátima, trigueña, y ~~Carola~~^{Omeima}, blanca, se colocan una frente a la otra. Entre ellas, Mérida, morena, y Carola, acholada, frente a frente, llenan el vacío restante. Se van sentando en el suelo. Sentadas ya, se inclinan de tal forma que juntan en cuatro sus frentes, como en renunciación. Se sienten ruidos de vientos y de destellos. Levantan sus ojos. Un rayo de luz las ilumina.

Coro.- Quitad esa luz que ciega. El drama de adentro, se vive en penumbra. Se apaga el rayo de luz, pero

hay otro casi imperceptible que desde el pie de los varales proyecta sus sombras sobre el segundo telón de boca.) Por ser factores de estancamientos ayer, enterradas estamos hoy. (Vuelven a bajar la cabeza y unir las entre sí.) El pantano es el medio oscuro donde viven los que se opusieron al desarrollo de los demás.

(Quedan inmóviles en esa posición, mientras se levanta el segundo telón, para permanecer así durante todo el acto.)

El escenario es ahora la sala de una casa pobre de la Capital. En el fondo, la pared tiene una puerta y a su lado, muchos calendarios y cuadros viejos. El resto es de pegados de papel de periódicos a la usanza de las familias pobres de los barrios humildes. En una esquina hay una mesa y un espejo pequeño delante del cual está sentada Nora escribiendo. En la otra esquina un fonógrafo de 1924. Al lado, un balde lleno de ropa almidonada. En el centro de la sala, un mobiliario pobre; un florero vacío sobre la mesa y un par de zapatos bajo una de las mecedoras. La puerta del fondo deja ver el humilde cuarto dormitorio.

Escena I

(Nora en la sala y la Tía Marina en el cuarto dormitorio.)

Nora.- Tía Marina, ¿cuándo llegará Tía Josefa?

Tía Marina.- Debe estar conversando por algún lado.

Nora.- Ella salió a buscar el periódico.

Tía Marina.- Sí, y se llevó a Gloria. Pero, ¿qué tienes, Norita? Tú voz está nerviosa.

Nora.- No sé por qué dice eso, tía.

Tía Marina.- ¿Hoy no cumple años él?

Nora.- ¿Quién, tía?

Tía Marina.- Gilberto.

Nora.- Sí, pero... y así qué...

Tía Marina.- Dime, Nora, ¿qué tal comentan su drama?

Nora.- Parece que muchos lo aplauden, aunque le critican la crudeza. Dicen que "LA MALVADA" es un drama muy crudo.

Tía Marina.- ¿Y no piensas felicitarle?

Nora.- Incapaz, tía.

Tía Marina.- Nora, no sé por qué has de mostrarte indiferente a su triunfo. Hace un año nada más que él vino por última vez. Un año redondo que no pisa esta casa. ¡Cómo lo extraño! ¡Es un verdadero luchador! Comprendo ahora que fuimos muy injustas con él, que le tratamos violentamente, pero tú no tienes por qué guardarle aprehensión alguna. En la familia, Nora, somos como los pájaros en su nido, no dejamos tocar a nadie nuestros polluelos y quién sabe cuánto mal hacemos muchas veces al destruir un partido. Cuántas veces en el nido tan cuidado el leve manotón de un gato ladrón destruye pollos e ilusiones!

Nora.- Ya comprendo, tía, pero usted siempre estuvo de su parte. No ha justificado nunca plenamente mi punto de vista. Es una suerte echada.

Tía Marina.- Quizá tengas razón, hija mía, pero sobre un mismo asunto, dos personas y hasta más pueden tener la razón de su parte. Bueno... Esperaremos el periódico para ver qué dice.

Escena II

(Nora y la tía Marina que sale a
la sala)

Tía Marina.- (Dirigiéndose al público como si hablara sola.) Nadie comprenderá la vida nunca, ni a Dios en sus altos juicios: El dispone, pero no dejarse guiar... Eso es testarudez. Una nunca sabe cuánto vale lo que le ofrecen hasta cuando la oferta deja de ser hecha. (Transición.) Esa María siempre deja sus zapatos en la sala. ¡Qué mala costumbre! (Bajando la voz hacia el público.) Y hoy que arreglé la casa porque el corazón me dice que él vendrá.

Nora.- ¿Qué habla tan bajo, tía?

Tía Marina.- Nada... Las cosas de tu tía. Ella se cree que todas nacemos para solteronas.

Nora.- ¡Tía! ¡Oírle decir eso me desagrada!

(Golpes en la puerta.)

Tía Marina.- Voy a ver... ¿Quién es?

Escena III

(Gilberto, que entra, y dichos)

Gilberto.- ¿Se puede pasar?

Tía Marina.- Claro que sí, entre usted. Nora está allí.

Gilberto.- Tía Mari, ¡qué lozana! ¡tanto tiempo de no verla! Está usted muy bien!

Tía Marina.- Y usted, Gilberto, que no cambia. Nora!, aquí está...

Nora.- Ya lo sé, tía.

Gilberto.- Nora!, ¡qué hermosa estás! Perdona que haya venido, pero eres para mí como una tentación, como la luz para el insecto nocturno, como un tambor en mi tierra interiorana, una vez bailado, no se olvida nunca!

Nora.- A estas horas no le hallo ninguna gracia al estar piropeando, señor.

Tía Marina.- ¡Oh!, ¡los nervios! ¿Cuándo inventarán

una medicina que nos cure los nervios a las mujeres, señor Gilberto?

Nora.- ¡Tía!

Gilberto.- Eso vendrá algún día, tía Mari, pero, ¿qué puede hacer la medicina si antes no se mejoran los problemas del medio social? Allí está el enemigo: El ambiente. Sin mejorarlo no podremos cambiar nuestras reacciones temperamentales.

Nora.- ¿De eso trata su drama "La Malvada"?
(Hiriente.) ¿Está seguro?

Gilberto.- (Turbado.) Bueno... hasta cierto punto.
¿Usted lo presenció, Nora?

Nora.- (Displicente.) No pude ir.

Gilberto.- (Entusiasmado.) Fue un éxito loco. Aplaudieron el final con delirio. Además, la artista trabajó muy bien. Y el que hizo de eterno enamorado supo mantener vivo el sentimiento de un recóndito amor, uno de esos quererres que, pase lo que pase y corra lo que corra el tiempo, se recoge dentro de un sér, sin esperanzas de frenarle ni desterrarle. Sin esos artistas no

hubiera alcanzado el éxito. Es más de lo que la obra se merece.

Tía Marina.- ¿Y cuál es el tema, señor Gilberto?

Gilberto.- En el Primer Acto, se presenta una modesta y tímida joven, enamorada. La familia la reprende porque estando en la escuela quiere a un "pelagatos" y al llegar el novio ella lo marcha y le dice que no quiere saber de él. Al retirarse el novio, ella le dice a su familia que prefiere terminar su graduación y obtener un título porque desea marcharse al exterior y sólo su familia puede darle eso. En el segundo acto, a ella se le presenta ya un partido con un hombre riquísimo, representante de una firma comercial de renombre. El acto se relaciona con el momento de vestirse para el matrimonio. Ella piensa en el novio aquel y se da cuenta de que lo quiere, pero le fascina la idea de las entradas de su futuro esposo. En ese momento entra la madre y le reconviene el vestido tan escotado que ha escogido y ella, entre rabieta y groserías, la desprecia, la marcha y le dice que ya no la necesita más, que si también quiere ser un obstáculo en su matrimonio por interés, como lo fué en su único amor: Que ella

ya no era ninguna tonta para no verlo claro.

Tía Marina.- ¡Malvada! ¡Así hay muchas malagradecidas!

Nora.- ¡Así es la fantasía de muchas personas!
¡No sé cómo pueden creer que una hija puede ser así!

Tía Marina.- Eso es lo que tú opinas, porque no conocer el mundo todavía.

Gilberto.- Puede ser mucha imaginación, pero la gente, el público todo, quedó intrigado y el drama comenzó desde entonces a surtir efectos y pasiones en el auditorio. Sobre todo, por el diálogo ágil. El tercer acto presenta ya la consecuencia de una moral depravada como la de esta mujer. El esposo se encuentra en quiebra y ella le exige que le entregue los últimos fondos de la caja fuerte para un negocio en que ella se ha metido dizque para salvarlo. Le explica que ella va a comprar de trasmano todas las acciones a muy bajo precio. El tonto accede y le entrega el dinero. Ella ha pagado un hombre para que dé una noticia alarmante y éste se presenta anunciando que los auditores van a hacer un arqueo de la caja en la Agencia que el esposo de ella dirige y él, loco, se pega un tiro. Ella ve el cadáver sobre el

suelo y exclama: "Era tan tonto, tan ingénuo, que ya lo amaba así." Y de pronto comienza a reír como una loca, llega la policía, el cómplice se escabulle y, abatida, después de haberse llevado las autoridades el cadáver, ella queda allí, pensando y sólo desea en ese momento al hombre que quiso cuando estaba en la escuela, su primer amor, y la conciencia le grita cada instante: "Se casó, se casó con otra mujer, se casó por despecho, se casó amargado; te quiere, pero es honrado; te quiere, pero es honrado."

Tía Marina.- ¡Qué impresionante! ¡Qué humano!

Gilberto.- Gracias, tía Mari. El cuarto y último acto, sucede en un reservado de una cantina. Ella ha botado todo su dinero tratando de huir de sus malos recuerdos. Está con él, su novio de los días escolares y ella lo incita a abandonar a su esposa por ella, marcharse a muy lejos, largarse de este país infernal. Ella le miente sabiendo que ella no dispone de dinero, pero que puede hacerle robar en la casa donde trabaja de cajero por la confianza que tienen en él. El, que la ama a pesar de todo, está tentado a irse con ella, cuando llega su esposa y se le enfrenta a la mala mujer: "Tras de arruinar